

De la memoria y el testimonio

La importancia de rendir homenaje a los que fueron emancipadores*

Michael D. Higgins

Señoras y señores:

Estoy profundamente emocionado por estar hoy aquí, en la Universidad Centroamericana. Mi esposa Sabina y yo valoramos enormemente la oportunidad de recordar a aquellos que murieron y sufrieron en El Salvador durante los años 1980 a 1991 por erguirse en defensa de los derechos humanos. La suya fue una lucha por mayor justicia social, incluyendo la emancipación de la pobreza, el acceso a la tierra y a los medios básicos de subsistencia para los salvadoreños más pobres.

Esta es mi tercera visita a El Salvador. Cuando vine por primera vez, en enero de 1982, la atmósfera era muy diferente de la que ahora ofrece, felizmente, la oportunidad y la esperanza. En ese momento, El Salvador era un lugar donde se torturaba, violaba, mataba y se hacía desaparecer gente todos los días; un lugar del que numerosas otras personas eran desplazadas y forzadas a convertirse en refugiadas. Se rompieron familias. El tejido social del país se desgarró como resultado de la violencia desatada y ejercida por el Estado sobre las fuerzas insurgentes y la población no combatiente, por igual, pero también debido al daño social causado por la terrible impunidad que acompañaba a esa violencia.

En realidad, crímenes de la peor clase se cometían todos los días y esto sucedía bajo el amparo de las instituciones estatales, pero fuera de la ley.

Los líderes políticos de la oposición, los sindicalistas, los miembros del clero, los activistas por los derechos humanos, los educadores, los líderes cooperativos y los beneficiarios de la reforma agraria, es decir, todos los que eran percibidos y catalogados como “subversivos” por algunos elementos del *establishment* privilegiado y sus acólitos dentro del Gobierno y el ejército, se convirtieron en blancos de sistemáticos actos de terror.

En un esfuerzo por privar a las guerrillas de sus medios de subsistencia, los miembros de las fuerzas armadas y los paramilitares también destruyeron

* Discurso pronunciado por el presidente de Irlanda, don Michael D. Higgins, el 24 de octubre de 2013, en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

comunidades enteras durante las operaciones de contrainsurgencia. Este fue el caso bien conocido de las áreas rurales, donde la violencia fue en extremo indiscriminada.

La violencia engendra violencia, y los derechos humanos eran igualmente violados por los miembros de las fuerzas guerrilleras, especialmente mediante el reclutamiento forzado de combatientes, los secuestros y asesinatos de alcaldes, de funcionarios del Gobierno, jueces y todo aquel señalado como traidor u “oreja” (informante). El 5 % de las quejas registradas a principios de la década de 1990 por la Comisión de la Naciones Unidas para la Verdad en El Salvador son concernientes al FMLN.

Con el final de la guerra y la firma del Acuerdo de Paz de Chapultepec, el 16 de enero de 1992, los salvadoreños se embarcaron en la difícil tarea de enfrentar causas y resultados de tan devastadora violencia, y citando las palabras de Comisión por la Verdad de las Naciones Unidas, “el tema de la impunidad generalizada e institucionalizada que había asestado un golpe al corazón”.

Así que permítanme expresar mi admiración por el pueblo de El Salvador, por la valentía que ha demostrado durante la terrible odisea del conflicto, por su extraordinario espíritu, puesto de manifiesto generosamente durante el proceso de paz y por el modo en que ahora encara la memoria de esos tiempos oscuros.

La memoria, sin duda alguna, constituye una de las grandes fuentes de interrogación que nos ha legado el siglo XX, con su séquito de crímenes en masa y experimentos luctuosos de totalitarismo. ¿Cómo y qué debemos recordar? ¿Cómo se articulan la memoria individual y la colectiva? ¿Qué es lo que nunca debe convertirse en sujeto de una amnesia amoral? ¿De qué modos nos conmina “el deber de la memoria” a hacer justicia por los muertos? ¿Hasta qué punto debemos permitirnos cambiar al escuchar la narrativa del otro? ¿Cuál es la relación entre memoria e historia?

Estas son preguntas morales de primer orden. Son el núcleo del trabajo de importantes pensadores como Maurice Halbwachs, Hannah Arendt o Paul Ricoeur, un trabajo al que me encuentro regresando una y otra vez en mi intento de responder estas preguntas, no solo en el caso de El Salvador, sino en tantos otros ámbitos de conflicto, incluyendo a Irlanda del Norte.

Según el activista argentino por los derechos humanos Juan E. Méndez, mientras cada sociedad que sale de una guerra intenta enfrentar su pasado del modo que le parece más apropiado, de acuerdo con su situación, debe reconocerse el papel de la “verdad” para construir una paz durable; tratar de alcanzarla es esencial. En sus propias palabras:

La cuestión de qué hacer con la herencia de violaciones a los derechos humanos ocupó un lugar central en la mayor parte de las transiciones, porque decía algo sobre la calidad del régimen naciente.¹

Por lo tanto, es alentador reconocer, en la región más amplia de América Latina, el rol catártico fundamental que han tenido instituciones como el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, en Santiago de Chile, o el Espacio para la Memoria y la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos, en Buenos Aires, que tuve el privilegio de visitar el año pasado. La creación de estos espacios les permite, a los que experimentaron pérdidas personales directas o abusos a los derechos humanos durante un conflicto armado, relatar sus historias y ver las historias de sus seres queridos reinsertadas en la memoria de la comunidad.

La lucha permanente contra la impunidad es muy importante. Esa lucha no es solo un deber de las instituciones dedicadas a ella, sino que también, no debemos olvidarlo jamás, fue posible gracias a la valentía de tantos individuos extraordinarios que siguen luchando contra el oscurecimiento del pasado, que buscan del austero olvido de la muerte y la tortura el espíritu de sus seres queridos que murieron o “desaparecieron”.

El año pasado en Chile, me encontré con Joan Turner Jara, la viuda del gran cantante y músico Víctor Jara, que fuera torturado y ejecutado en los primeros días de la dictadura militar chilena. En Argentina, tuve el honor de ser invitado a decir unas palabras en recuerdo de Patrick Rice, un irlandés y defensor de los derechos humanos que, siendo un joven sacerdote en la década de 1970, fue encarcelado y torturado por la junta militar y que continuó siendo el motor impulsor de la “Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra la Desaparición Forzada” de las Naciones Unidas.

Me reuní con Fátima Cabrera, que a la edad de 17 años fue secuestrada, torturada en una celda contigua a la de Patrick y encarcelada durante tres años, y quien, años después, se convirtió en la esposa de Patrick. Fue acompañada por una de sus hijas. Al hablar con esas mujeres, pude sentir la decisión que alienta a las familias y amigos de los que sufrieron a manos del horroroso régimen, y su compromiso con la causa de los derechos humanos en todo el mundo.

De igual manera, aquí, en El Salvador, es estimulante ver el papel positivo de instituciones como el Centro Monseñor Romero, albergado por esta universidad y dedicado, no solamente a mantener viva la memoria del arzobispo Óscar Arnulfo Romero y otras tantas personas cuyas vidas se vieron prematuramente segadas por la violencia, sino también —a través de su actividad pastoral— a alimentar los valores del cambio social y el espíritu de esperanza del pueblo de El Salvador.

1. Cita del texto de Méndez, J. E. (2007). «El derecho humano a la verdad. Lecciones de las experiencias latinoamericanas de relato de la verdad», publicado como aporte al proyecto Historizar el pasado vivo en América Latina.

En un contexto en el que es actualmente difícil para las familias acceder a la información acerca del destino de sus seres queridos, el trabajo realizado por el Instituto de Derechos Humanos de la Universidad (IDHUCA), que durante los últimos años ha conducido una corte de justicia restaurativa, es enormemente valorado. Y también lo es el proyecto Historia, Memoria y Justicia en El Salvador, lanzado en 2011, y que ha sido testigo de la unión de IDHUCA con estudiantes y la facultad del Centro para los Derechos Humanos de la Universidad de Washington, que están trabajando para desclasificar documentos de la CIA, y de varios departamentos del Gobierno de los Estados Unidos, tales como el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado, a fin de buscar justicia para las víctimas de la guerra de El Salvador.

Por otro lado, encuentro muy inspirado el proyecto, ya en curso, de crear un registro definitivo de los fallecidos. Me complace comentarles que el programa irlandés de asistencia para el desarrollo contribuye, de un modo modesto pero muy significativo, a este trabajo de recordar mediante un aporte otorgado al trabajo de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y María, de Chigwell, con los sobrevivientes y sus familias en El Mozote.

“¿Por qué ocuparse? —alguien podrá preguntar—. Es un conflicto de hace treinta años”. Pero para los que perdieron a un ser amado, no importa cuántos años pasaron. Las preguntas y el dolor siguen presentes porque no existe mayor objeto de dolor, no hay nada más perturbador que una vida humana privada de florecer al máximo de su potencial.

Nombrar a todos y cada uno de los que murieron o fueron “desaparecidos” es de fundamental importancia. Es algo sobre lo que tengo fuertes sentimientos personales y es la razón por la que abrí uno de mis poemas de 1980, llamado “Memoria”, con una línea del filósofo francés Paul Ricoeur, que simplemente decía: “Ser olvidado es morir dos veces”.

Solo a través de la restauración de la integridad de las historias individuales, a través del trabajo de la memoria y de las narraciones abiertas, pueden tomar forma los cimientos para un futuro compartido y en paz. Por eso, para celebrar el quinceavo aniversario de nuestro propio proceso de paz en Irlanda, marcado por su aprobación en el referendo de 1998, del Acuerdo del Viernes Santo suscripto por los pueblos de ambas partes de la isla, organizamos, el pasado mes de abril en Dublín, una lectura de los nombres de los que murieron en el conflicto. Fue una ceremonia profundamente conmovedora.

El acto de nombrar convoca la singularidad de la persona. Decir el nombre es un antídoto contra la cosificación. Es un modo de rebatir la reducción de un ser querido, un vecino o un conciudadano a la categoría desalmada e indiferente de “subversivo”, de “enemigo”, y negarse a reducir las pérdidas a una denominación generalista como “la guerra” o “el conflicto”.

Espero con ansias mi visita de mañana al Monumento a la Memoria y la Verdad, en el Parque Cuscatlán, donde gracias a la dedicación del Comité de Madres y Familiares de Detenidos, Desaparecidos y Asesinados Políticos en

El Salvador, los nombres de los 30 000 muertos en la guerra reciente se hallan inscritos. Entre los miles de nombres grabados en esa pared está el de Óscar Arnulfo Romero, quien, tanto con su muerte como con los últimos años de su vida, encontró su lugar entre el pueblo salvadoreño.

Por supuesto, es imposible considerar la memoria colectiva de El Salvador sin reflexionar sobre el lugar que ocupa en ella monseñor Romero, y vale la pena evocar aquí la destacada trayectoria de este hombre fuera de lo común.

En el capítulo enteramente dedicado a él en el libro titulado *Memoria cultural*, Jeanette Rodríguez y Ted Fortier explican cómo, al mismo tiempo que Romero comenzó su liderazgo episcopal, los jesuitas salvadoreños “sufrieron una conversión que los llevó a tomar parte públicamente por los pobres”². Para 1973, los jesuitas habían implementado su “opción preferencial por los pobres”, inscribiendo a estudiantes de las áreas más pobres en la Universidad Centroamericana y desarrollando, en El Salvador y en otros países latinoamericanos, “comunidades cristianas” en las que los pobres podían debatir sobre las realidades de su vida a la luz de las Escrituras y de otros medios a su disposición para hacer frente a las injusticias que los rodeaban.

El arzobispo Romero debe haber criticado, al principio, la “teología política” de los jesuitas, mientras intentaba mantener la neutralidad en vista del conflicto que desgarraba a El Salvador. Por supuesto, ese silencio y la amistad privilegiada con los poderosos pueden constituir declaraciones políticas en sí mismas. Según Fortier y Rodríguez, fue la amistad de Romero con el padre Rutilio Grande, un sacerdote jesuita, abiertamente a favor de una reforma de tierras radical, el que “plantó las semillas para su posterior conversión”³.

El 12 de marzo de 1977, pocas semanas antes del nombramiento de Romero como arzobispo de El Salvador —una opción segura a los ojos del *establishment* salvadoreño—, su amigo Rutilio Grande fue asesinado junto con un muchachito y un granjero anciano. Cien mil personas fueron al funeral de Grande, lo cual, de acuerdo con los mismos autores, significó una “manifestación de la Iglesia sin precedentes en la historia salvadoreña”. El sermón del arzobispo Romero en esa ocasión, en la que defendió el trabajo liberador de Grande, su solidaridad con los pobres y su súplica de justicia, dejó a todos asombrados.

Como lo expresan Fortier y Rodríguez, incluso luego de la misa funeraria, “Romero comió con los pobres, habló contra la violencia institucional y alentó a la gente a reformar sus estructuras sociales de acuerdo con el Evangelio”. Según ellos, el elemento crucial en el modo en que Romero es recordado por los salvadoreños es que “se lo considera alguien que caminó con el pueblo, no como alguien que quiso torcerles el rumbo”⁴. Él era “*el obispo que anda con los pobres*”.

2. Fortier, T. and J. Rodríguez. (2007). *Cultural Memory. Resistance, Faith, and Identity*. University of Texas Press, p. 58.

3. *Ibidem*, p.59

4. *Ibidem*, p. 60

El compromiso de monseñor Romero no solo como testigo, sino también como el portador de visión de una “realidad” emancipadora, se refleja en las palabras de un discurso que pronunció en la Universidad Católica de Louvain, en 1980:

Como en otros lugares de América Latina, después de muchos años y quizás siglos han resonado entre nosotros las palabras del Éxodo: “He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que le oprimen.” El constatar estas realidades y dejarnos impactar por ellas, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres. En él hemos encontrado los rostros concretos de los pobres de que nos habla Puebla⁵. Ahí hemos encontrado a los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin agua ni luz en sus pobres viviendas, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz y sin escuelas cuando los niños empiezan a crecer. Ahí nos hemos encontrado con los obreros sin derechos laborales, despedidos de las fábricas cuando los reclaman y a merced de los fríos cálculos de la economía. Ahí nos hemos encontrado con madres y esposas de desaparecidos y presos políticos. Ahí nos hemos encontrado con los habitantes de tugurios, cuya miseria supera toda imaginación y viviendo el insulto permanente de las mansiones cercanas.

Al decir esas palabras, y con el ejemplo que presentaba y la esperanza que alentaba, Óscar Romero se volvió peligroso para el *establishment* salvadoreño porque cuestionaba todo el sistema de opresión y el proceso por el cual, en sus propias palabras,

se endiosa la riqueza, se absolutiza la propiedad privada..., [y] la seguridad nacional se vuelve el bien máspreciado de los poderes políticos que institucionalizan la inseguridad del individuo.

Él denunciaba lo que llamaba “estructura del pecado” en su país:

Son pecado —decía— porque producen frutos del pecado: la muerte de los salvadoreños, la rápida muerte de la represión o la muerte lenta (pero no menos real) de la opresión estructural.

El 23 de marzo de 1980, a final de su homilía radiofónica, Romero se dirigió a los soldados rasos del mismísimo ejército. El episodio fue relatado por un testigo irlandés de esos tiempos oscuros en América Latina, Luke Waldron, en su libro *Un atardecer inesperado. Viaje desde el oeste de Irlanda hasta los barrios de Perú*⁶.

Hermanos —comenzó Romero— “son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contraria a la voluntad de Dios.

Y luego elevó el tono de voz:

5. Después del Concilio Vaticano Segundo, la Conferencia Episcopal Latinoamericana, que tuvo un papel fundamental en la formación de la teología de la liberación, celebró dos importantes conferencias: la primera en *Medellín*, Colombia, en 1968, y la segunda en Puebla, México, en enero de 1979.
6. Waldron, L. (2013). *A Dawn Unforeseen. Journey from the West of Ireland to the Barrios of Peru*. The Liffey Press, pp. 91-92.

Les imploro, les ruego, en nombre de Dios, en nombre de este pueblo sufriente les ordeno: ¡paren la represión!

Al día siguiente, lo mató un francotirador mientras celebraba misa en la capilla del Hospital de la Divina Providencia. Durante el funeral, explotó una bomba fuera de la Catedral y los aterrados asistentes al funeral fueron acribillados con ametralladoras, con un saldo de 30 a 40 muertos y cientos de heridos.

La vida y la muerte de monseñor Óscar Romero han inspirado a toda una generación de defensores de los derechos humanos y la justicia social en todo el mundo. En su nombre y en el aniversario de su muerte, el 24 de marzo, las Naciones Unidas celebran el Día Internacional del Derecho a la Verdad en Relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y de la Dignidad de las Víctimas. Igualmente importante es que la figura del arzobispo se menciona en danzas, canciones, poemas, obras de teatro del pueblo salvadoreño y en los murales y láminas que cubren las paredes de sus ciudades. La fuerza de sus palabras continúa galvanizando su fe y cristalizando sus aspiraciones de una sociedad más justa.

Así, Óscar Romero se ha convertido en un ícono que ilumina no solo a la Iglesia, sino también a los oprimidos del mundo y a los que son solidarios con ellos. En Irlanda, nosotros podemos reconocer estos momentos como eventos fundacionales de lo que luego se convertiría en un interés generalizado y apoyo a los derechos humanos por parte del pueblo irlandés.

Si me permiten, quisiera compartir con ustedes mi propia y breve reflexión sobre mi conexión con estos eventos que afectaron a vuestro país en los años ochenta. ¿Qué debe hacer uno con su participación en la lucha de otro pueblo? Este es un tema que he analizado por varios años, un problema específico en relación con la memoria histórica, una pregunta sobre cuál es el papel adecuado de un testigo y cuál es el papel del testimonio en el complejo pasaje de la experiencia a la memoria y a la historia.

En 1991, escribí que si uno ha visto los cuerpos de los asesinados, las mutilaciones, las inscripciones de muerte y tortura, como yo, entonces no solo no debe apartarse la vista, sino que la vida del observador debe poder cambiar. El compromiso obligatorio de disertar surge entonces⁷.

A través de mi compromiso con las luchas de los campesinos de América Central en los años setenta y en los ochenta, encontrándome frente al ejemplo de Trócaire y otras ONG, de los misioneros y del obispo Eamon Casey, quien dio pruebas no solo a los irlandeses, sino a los obispos americanos, me sentí alentado, casi obligado, a testificar y brindar mi relato sobre esas violaciones de derechos humanos, informando de ellas y haciendo mi mayor esfuerzo para concienciar a mis conciudadanos de lo que sucedía en América Central y en otros lugares.

7. Higgins, M. D. 2011. Selected Poems, 'The Gaze Not Averted'. Liberties Press, p.123

Muchos de los presentes son testigos de primera mano y, quizás, hasta haya sobrevivientes de los eventos a los que hice referencia. Mi convicción es que sus testimonios constituyen “la estructura fundamental de la transición entre memoria e historia”⁸. Como dijo Paul Ricoeur, sus testimonios se encuentran donde comienza la construcción de la historia. Son realmente importantes. Cito a Ricoeur:

Sin embargo, no habrá que olvidar que no todo comienza en los archivos, sino con el testimonio, y que, cualquiera que sea la falta originaria de fiabilidad del testimonio, no tenemos, en última instancia, nada mejor que el testimonio para asegurarnos de que algo ocurrió, algo sobre lo que alguien atestigua haber conocido en persona.⁹

Entonces, a pesar de que el funcionamiento historiográfico es completamente interpretativo, es posible hablar de la veracidad del relato de un historiador. Y este funcionamiento tiene un punto de partida en el testimonio, que yace en la raíz de todo archivo histórico y prueba documental.

En efecto, —escribió Ricoeur— la fuerza del testimonio se expone precisamente en el corazón mismo de la prueba documental. No podemos ir más allá, cuando el testigo añade una tercera cláusula a su declaración: (1) “Yo estaba ahí”; (2) “Creedme”¹⁰; (3) “Si no me creéis, preguntad a algún otro”. ¿Deberíamos tomar a la ligera el realismo inocente del testimonio? Podría ser. (Pero) no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio para acreditar la representación histórica del pasado.¹¹

Habiendo dicho esto, y con todas las advertencias en su lugar, me gustaría recordar para ustedes los nombres de las personas que conocí en El Salvador a principios de los ochenta, y las circunstancias en las que las conocí. Lo hago como tributo a esos hombres y mujeres que mantuvieron la esperanza en tiempos oscuros. Al hacerlo, también permítanme evocar los lazos de amistad y solidaridad de larga data entre Irlanda y El Salvador.

Mi primer encuentro con El Salvador y su pueblo fue en octubre de 1978 cuando conocí a Marianella García Villas. Como presidente de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador y primera mujer en acceder a una banca en el Congreso salvadoreño, Marianella visitó Irlanda por invitación de la ONG irlandesa Trócaire y se reunió con miembros del Parlamento irlandés para conversar sobre el agravamiento de la guerra en su país y las consecuentes violaciones a los derechos humanos.

8. Ricoeur, P. 2006. *Memory, History, Forgetting*. The University of Chicago Press, p. 21.

9. *Ibidem*, p.147.

10. De acuerdo con Ricoeur, la autodesignación del sujeto testificante se inscribe en un intercambio que instaura una situación dialogal. El testigo atesta ante alguien la realidad de una escena a la que dice haber asistido. Esta estructura dialogal hace resaltar de inmediato su dimensión fiduciaria. El testigo no se limita a decir: “Yo estuve allí”; añade: «Creedme». Entonces, la certificación del testimonio solo es completa por la respuesta del que recibe el testimonio y lo acepta; por tanto, el testimonio no es solo certificado, sino acreditado.

11. *Ibidem*, p. 278.

Volví a encontrarme con Marianella nuevamente en enero de 1982, en la ciudad de México, donde estaba viviendo en el exilio, luego de dos arrestos por el ejército salvadoreño. Marianella visitó Irlanda por segunda vez en 1982 cuando fue elegida vicepresidente de la Federación Internacional de Derechos Humanos. Esto fue un año antes de su tortura y muerte a manos de las fuerzas armadas salvadoreñas en marzo de 1983.

Para la misma época en que conocí a Marianella, me contactó un grupo de sacerdotes franciscanos irlandeses que se encontraban en la ciudad de Gotera, en el departamento salvadoreño de Morazán, un área que sufrió tremendamente durante la guerra. Esos sacerdotes brindaron mucha evidencia de las terribles violaciones a los derechos humanos en su zona y también las primeras informaciones del papel de las cúpulas militares estadounidenses que suministraban armas y capacitación a los soldados salvadoreños de las parroquias vecinas. A mediados de 1979, las familias de dos de esos franciscanos, junto con personal de Trócaire, establecieron el “Comité de Apoyo Irlandés de El Salvador”, con el cual mantuve estrecho contacto por más de dos décadas. Este contacto con los franciscanos fue crucial en relación a la masacre de Mozote de 1981, a la que me referiré luego.

En septiembre de 1980 me contactó Jean Donovan, misionera laica estadounidense que trabajaba en La Libertad, departamento de El Salvador. En 1977, Jean había estudiado en la Universidad de Cork, Irlanda, por un año y estaba al tanto, por los medios de comunicación, de mi posición sobre El Salvador. Durante nuestra reunión de 1980, describió las matanzas en su zona y la cantidad de líderes comunitarios asesinados por los infames “escuadrones de la muerte”, que estaban causando gran devastación entre la población de El Salvador e inoculando un enorme miedo.

Tres semanas después, Jean Donovan regresó a su comunidad. El 2 de diciembre de 1980, junto con una hermana ursulina llamada Dorothy Kazel, condujo hacia el aeropuerto de San Salvador para recibir a los hermanas de Maryknoll, Ita Ford y Maura Clarke, que regresaban de Managua. Las cuatro mujeres fueron vistas con vida por última vez cuando regresaban del aeropuerto por el camino principal donde las detuvo en un retén la Policía Nacional. Dos días después, los cuerpos aparecieron en una tumba improvisada a unas 15 millas de allí. Jean tenía 27 años.

En 1982, tuve el privilegio de pronunciar el discurso de apertura en el lanzamiento irlandés de la película “Rosas en diciembre”, que documentaba la vida y muerte de Jean.

El 26 de diciembre de 1981, poco después de organizar en Irlanda una audiencia interparlamentaria sobre El Salvador, recibí un llamado telefónico de Salvador Samayoa, exministro de Educación y profesor de filosofía en la UCA, quien en ese momento era miembro de la comisión política del FMLN. Samayoa describió la masacre que había tenido lugar el 11 de diciembre en la comunidad de El Mozote, Morazán, con varios centenares de muertos. El 10 de diciembre, unidades del batallón Atlacatl detuvieron a toda la población

de la aldea. Los hicieron encerrarse en sus casas durante la noche y, al día siguiente, los ejecutaron deliberada y sistemáticamente por grupos: primero los hombres, luego las mujeres y, por último, los niños. Salvador Samayo me pidió que tratara de llevar una delegación parlamentaria de Irlanda para investigar esa horrorosa matanza.

Nuestra delegación pasó tres días en México, donde se reunió con Marianna García Villas y otros exiliados antes de seguir viaje a San Salvador. Al llegar al aeropuerto de El Salvador, nos arrestaron, interrogaron y deportaron a Nicaragua debido a una orden de expulsión firmada por el general García, ministro de Defensa. Esta expulsión cobró mucha notoriedad en América Central y en Irlanda, y cuatro días después el presidente José Napoleón Duarte emitió un comunicado de prensa diciendo que se había tratado de un “malentendido” y nos otorgó el derecho de viajar libremente dentro de El Salvador para verificar por nosotros mismos la situación de los derechos humanos allí. Regresamos una semana después de nuestra “expulsión errónea”.

La arquidiócesis de San Salvador y los jesuitas nos ofrecieron seguridad y entonces viajamos por las zonas de guerra en Morazán, Chalatenango y Cañas. Allí nos encontramos con los sobrevivientes de las masacres rurales, activistas de derechos humanos, miembros del Parlamento, el jefe de la Fuerza Armada, sacerdotes y misioneros irlandeses, especialmente los franciscanos de Gotera y las hermanas clarisas pobres, que estaban trabajando en el departamento de Morazán. No pudimos llegar a El Mozote, porque el camino estaba bloqueado por el ejército. Sí nos encontramos con Rufina Amaya, una de las escasas sobrevivientes de la masacre, cuyo esposo y cuatro hijos habían sido asesinados en El Mozote.

A nuestro regreso a San Salvador, me entrevistaron Raymond Bonner, del *New York Times*, y Alma Guillermoprieto, del *Washington Post*, quien luego visitó la zona y cuyos informes sacudieron a la opinión pública a fines de enero de 1982. Los misioneros irlandeses habían logrado sacar fotografías del sitio de los asesinatos y nuestra delegación pudo llevar esta evidencia a Irlanda.

Al volver a casa nos propusimos la tarea de cuestionar los informes oficiales que negaban que hubiera tenido lugar en El Mozote una ejecución en masa. Se llevó a cabo una campaña intencionada a nivel internacional para refutar nuestros testimonios y hubo intentos de refutar la evidencia. Sin embargo, años después y, a pesar de las campañas negándolo todo, la Comisión por la Verdad de las Naciones Unidas encontró que los relatos de los supervivientes de El Mozote “fueron corroborados plenamente por los resultados de las exhumaciones de los restos en 1992”. Y en diciembre de 2012, la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) encontró al Estado salvadoreño responsable por la matanza deliberada y premeditada de 800 personas, de las cuales más de la mitad eran niños y establecieron que “las matanzas en El Mozote y alrededores fueron parte de un plan sistemático de represión por parte de los militares durante la guerra civil”.

Entonces, como podrán comprender, estaba extremadamente complacido de escuchar la disculpa histórica del presidente Funes, en nombre del Estado salvadoreño, en enero de 2012, en la que se refirió a El Mozote como la peor matanza de civiles en la historia contemporánea latinoamericana. Ese fue un momento realmente significativo en el camino hacia la verdad y es algo de lo que todos los salvadoreños pueden estar orgullosos, así como de la protección de la aldea como sitio del patrimonio cultural, con su profundamente conmovedor monumento a los muertos y su Jardín de los Inocentes, donde se consignan los nombres de los niños. Estos son gestos morales de inmensa importancia.

Quisiera finalizar recordando la memoria de los seis jesuitas que fueron brutalmente asesinados en este campus el 16 de noviembre de 1989, sus nombres son: Ignacio Ellacuría, rector de la UCA, filósofo y teólogo conocido internacionalmente; Segundo Montes, jefe del Departamento de Sociología y del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad; Ignacio Martín-Baró, un pionero de la psicología social; Juan Ramón Moreno Pardo y Amando López, profesores de teología, y Joaquín López y López, fundador de la red de escuelas para los pobres Fe y Alegría, así como Julia Elba Ramos, cocinera y esposa del cuidador de la UCA, y su hija de 16 años, Celina Ramos, asesinadas para no dejar testigos.

Conocí a Ignacio Ellacuría y a Segundo Montes en enero de 1982 en San Salvador, junto con otro colega, Jon Sobrino, también uno de los más reconocidos teólogos de América Central¹². Los informes y estadísticas mensuales de la UCA sobre la guerra fueron en aquel momento reconocidos como la fuente más creíble de información independiente.

Los jesuitas tenían fuertes vínculos con Irlanda; valoraban enormemente el apoyo de Irlanda a la paz en su país. El padre Ellacuría había realizado su Tercera Probación en Irlanda y Amando López había estudiado teología en Miltown Park, en Dublín. Ambos sentían un apasionado interés por los temas irlandeses y habían atraído a jesuitas irlandeses a trabajar en El Salvador. En 1984 y 1986, Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino visitaron Irlanda y nos dieron un relato pormenorizado de la situación política y de derechos humanos en El Salvador.

Hoy, es para mí un inmenso honor, como presidente de Irlanda, rendir homenaje a estos seis hombres, la cocinera y su hija. Me conmueve ver que se mantiene vivo su recuerdo en esta universidad donde vivieron y murieron, y donde los jesuitas trabajaron por una sociedad más justa e igualitaria. Ciertamente, los jesuitas de la UCA serán recordados, no solo por sus trágicas muertes sino, primero y principal, por la filosofía que sentían en lo más profundo y a la que defendían apasionadamente, y que contribuyó tanto al desarrollo de nuevos paradigmas para los pobres de América Latina.

12. Jon Sobrino, que también vivía en el campus, sobrevivió a la matanza porque había sido invitado a dictar una conferencia de teología en Tailandia.

Al hacer esto, les aseguro, que siempre estuvieron en riesgo. Recuerdo los comentarios de un observador extranjero de alto rango, pero mal informado, que estaba en San Salvador en 1981 y que, pinchando un mapa frente a nosotros, dijo: “¡Con los jesuitas, se empieza con la alfabetización, después con las cooperativas, pero todos sabemos que termina en marxismo!”.

Permítanme compartir con ustedes las palabras más sabias y más humanas de un poeta: “Aun si las esperanzas con las que comenzaste se ven frustradas, la esperanza debe ser mantenida”.

Estas son las palabras de mi amigo, el recientemente fallecido poeta irlandés y Premio Nobel de Literatura, Seamus Heany. En realidad, el largo recuento que he hecho, de personas cuyas vidas terminaron de una manera brutal, sería totalmente desalentador si no reconociera también el poder de transformación que esas vidas tuvieron para todos nosotros. La promesa emancipadora encapsulada en las vidas de los mártires jesuitas de la UCA, en la de Marianella García, de Jean Donovan, y de tantos otros que han portado la antorcha de la esperanza en los momentos más oscuros, esa promesa emancipadora continúa vigente y seguirá así, para nosotros, como un instrumento para nuestro presente y futuro.

Hoy, cuando hablamos de derechos humanos, debemos hacerlo en su más pleno sentido, prestando atención no solo a los conceptos cruciales de derechos políticos y civiles, a esos derechos fundamentales a la vida y la libertad, sino también a los derechos económicos, sociales y culturales, en esencia, al derecho al florecimiento humano.

Como dijo el papa Francisco en su carta al primer ministro británico David Cameron, previo a la reunión del G8 convocada el pasado mes de junio de 2013 en Irlanda del Norte:

Toda teoría o acción económica y política debe esmerarse en proporcionar, a cada habitante del planeta, ese mínimo bienestar que le permita vivir con dignidad y libertad, con la posibilidad de mantener una familia, educar a los niños, rezar a Dios y desarrollar su propio potencial humano. Esto es lo más importante; en ausencia de esta visión, toda la actividad económica carece de sentido.

El papa Francisco habla un lenguaje emancipador similar al que aquellos que dieron su vida por una nueva realidad y de los que continúan siendo solidarios con ella.

También en Irlanda, a pesar de nuestras recientes dificultades económicas, los irlandeses continúan contribuyendo generosamente en forma individual a las ONG para el desarrollo que apoyan el trabajo de las comunidades en América Central y que dan su fuerte aprobación para que Irlanda siga con su programa internacional de asistencia.

Al trabajar con socios salvadoreños, organizaciones como Christian Aid y Trócaire ayudan a la gente a encontrar una alternativa, modos viables de ganarse la vida, y también promueven la reforestación y otros proyectos im-

portantes para el futuro. Tuve un gran placer de saber que la Universidad de Cork y la UCA serán socios en un importante proyecto —AMIDILA— que alienta y apoya la movilidad de estudiantes y académicos entre Europa y América Latina, con especial enfoque en Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador. Aguado ansiosamente la llegada del primer grupo de estudiantes salvadoreños con destino a la Universidad de Cork.

Permítanme terminar diciendo, una vez más, lo feliz que estoy de regresar a El Salvador, donde la paz se construye y se mantiene y donde la memoria es reconocida como un instrumento para los vivos y como base cierta para el futuro.